Narraciones populares

E-LIBROS
COLECCIÓN VIAJES

# “Andanzas y aventuras del emir Baïbars y su fiel escudero Flor de Truhanes”

## III – LOS BAJOS FONDOS DEL CAIRO

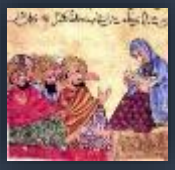
### 4 – ¡Maldita justicia!

Edición y traducción: Esmeralda de Luis

Archivo de la Frontera

Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales

*Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"*



# III – Los Bajos Fondos del Cairo

## 4 – ¡Maldita justicia!

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2018
Número de páginas: 16
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**
**Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com**

**Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

# 4 – ¡Maldita justicia!

Al día siguiente, no había hecho más que levantarse Baïbars, cuando vio entrar a Otmân cargado de todos sus atributos de palafrenero: rascadera, cepillo, bayeta; arrojó todo ello a sus pies mientras gritaba:

- ¡La panza sea contigo[1], soldao! Recita conmigo la Fâtiha, por el Profeta, amigo mío, y endespués tú sólo vas a'scuchar cosas güenas.

Así que el emir Baïbars recitó la Fâtiha y se la dedicó al Señor de los enviados[2].

- Di: Por el más Alabao; por el Santísmo.

- Pero bueno, y ahora ¿de qué va toda esta pantomima?

- Venga, venga, amigo, tú dilo; luego te vas a enterar...

- Bueno, como quieras. Por el más Alabado, por el Santísimo.

- Cucha bien: ¡yo no trabajo aquí pa recebir puñetazos! ¡Amigo, yo demito!

- Vamos, vamos, no me esperaba yo eso de ti Otmân, ¿acaso no eres tú mi hermano por el pacto de Dios?

- Sí, sí, sí, soy tu hermano, pero no se me tercia trabajar más contigo, ¿vas a obligarme o qué?

- Seguro que hay una razón para todo esto…

- Tú no haces más que recebir perbendas, pero pa mí, siempre na de na.

- ¿Y eso?

- Míralo con tus propios ojos; cúchalo con tus mesmas orejas. ¡Venir p'acá, mis muchachos!

Los truhanes acudieron de inmediato.

- Ven, hijo e la Larga[3], dime ¿quién soy yo?

---

[1] Otmân en lugar de decir el clásico saludo entre los árabes: "La paz sea contigo", siempre lo deforma y lo convierte en "La panza sea contigo".
[2] Se refiere al Profeta Muhammad.
[3] El "hijo de la Larga" es el segundo de Otmân; "Medio Mundo", "Cabezón" y unos cuantos más son miembros de su antigua banda, que se han arrepentido y han entrado al servicio de Baïbars. Ver *Flor de Truhanes*.



© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Anda, pues el *osta* Otmân.

- ¿Y ya'stá?

- Puess… También eres el Hijo la Gorda[1]

- Vamos, Cabezón, dime; quién soy yo.

- Otmân.

Pasó revista de ese modo a sus cuarenta ladrones delante de Baïbars, que no hacía más que preguntarse adonde querría llegar con toda esa comedieta. Y cada uno de los truhanes le respondía que él era el *osta* Otmân, el Hijo de la Gorda.

- D'acuerdo, yo soy l'*osta* Otmân, y mi madre es La Gorda. Amos a ver, pa siempre igual y más de lo mesmo; pero tú, tú eres el soldao Nénars, el sekertario las demandas, el *shauîsh alam*; el jefe el distrito de Banha El-Asal; el encargao el azúcar d'el-Bulâq; Agha e la voirie[2], y yo, yo sigo siendo lo de siempre: Otmân, ni más ni menos. Así que, amigo, dime ¿tú te crees qu'era eso lo que m'había anunciao la Dama, la Hassîbeh[3]?

- Muy bien, ¿y qué es lo que había dicho La Hassîbeh?

- Pues mira, amigo, La Dama dijo que no sólo tú ibas a ser un pez gordo; dijo que los dos seríamos peces gordos; que no habría naide más fuerte que nosotros, quitando a nuestro Señor, y suma y sigue.

- Bien, ¿y…?

- Amigo, te conozco na más que pusiste los pies en El Cairo. No tenías ni un duro, eras del clan de los piojosos y compañía; ibas aonde el cadi Yahya, el padre de Karîm El-Dîn, a beber jugo regaliz por to el morro; sólo tenías dos colegas; los sheijs Taqtáq y Toqetíq[4]. A ver, cuérdate cuando t'encontraste mameluco aonde el patrón El-Sâleh, que t'hiciste meter n'el cuartel aonde sólo comías un caldo e mierda. Yo fui allí, vi que ibas a morirte d'hambre, y entonces, me fui a vender el algodón que me hilaba mi vieja p'a comprarte algo de comer. Ca vez que mi vieja

[1] Ese es el apodo de la madre de Otmân (ver *Flor de Truhanes*) Señalemos que, normalmente, en el mundo árabe a la gente se la conoce por el nombre del padre y no por el de su madre; pero Otmân no hace nada como el resto del mundo.
[2] Agha de la Voirie o Responsable de la recogida de basuras y de la limpieza, es el primer cargo que le otorgan a Baïbars (Ver *Flor de Truhanes*)
[3] La "Dama", la "Protectora del Cairo", la "Hassîbeh", la "Purísima", "Dama Naffus" son los sobrenombres que Otmân da a Sitt Zeynab, nieta del Profeta, particularmente venerada por la gente humilde del Cairo. Se la considera como formando parte de Los Intercesores que, incluso después de morir, continúan velando por la humanidad (Ver *Flor de Truhanes*) Ella es, especialmente, la protectora de Otmân, al que se le apareció después de su conversión, anunciándole que su destino estaba ligado al de Baïbars (Ver también *Flor de Truhanes*)
[4] Ver *Las infancias de Baïbars* y *Flor de Truhanes.*


© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

pedía limosna por el alma mi padre, yo recogía toa la pasta y te la traía[1]. Y ahora, tú t'has convertío en un tío importante y ya no reconoces ni a tu hermano el *osta* Otmân.

- ¡Me estás avergonzando delante de toda la gente!

- Cucha, amigo, yo te digo las cosas tal como las veo.

- Bueno, dime por fin adónde quieres ir a parar con todos esos reproches.

- Tú t'as convertío ahora en Sekertario las demandas; así que yo también tengo que ser Secretario las demandas.

- ¡Pero eso es imposible! Eso es algo que sólo decide el rey, ¡es un cargo oficial decretado mediante un *firman*! No puedo delegar el cargo en ti; el rey me condenaría a muerte.

- Entiendo, entiendo, amigo, pero no es eso lo que yo te decía.

- Pues entonces, ¿qué es lo que quieres?

- Hasme segundo sekertario. Yo me queo a la puerta, y si vié alguien con una demanda, yo te lo traigo a ti, y eso es tó.

- Bueno, eso es fácil.

Baïbars sacó su viejo manto de Agha de los basureros, y se lo pasó a Otmân diciendo:

- Yo te nombro Secretario de las demandas.

- ¡A mis brazos, soldaete, esto's cojonúo; por fin, aquí'stamos los dos, ahora bien hermanaos! - exclamaba Otmân en el colmo de la felicidad.

Pasaron una noche en calma y serena. Al despuntar el día, Baïbars hizo la plegaria del alba, concluyó con las invocaciones, desayunó y se sintió satisfecho, gracias al Creador. Luego, mando a Otmân que ensillara su caballo, y los dos partieron camino de la Ciudadela. Baïbars entró al Consejo, y Otmân se volvió al palacio de Naŷm El-Dîn. De inmediato salió hacia la mezquita de la calle de la Husseiniyyeh, y entró en la celda del sheij Toqetiq[2].

- ¡La panza sea contigo, colega!

- ¡Y que contigo sea la paz, con la misericordia de Dios y Sus bendiciones! ¡Mil veces te saludo, *osta* Otmân!

---

[1] Aquí, Otmân hace alusión a un pasaje perdido del manuscrito: Baïbars, mientras cumplía una especie de servicio militar donde los mamelucos, fue objeto de una gran persecución por parte de sus camaradas, que todos los días le robaban la comida. Otmân, su hermano adoptivo, estaba obligado entonces a mantenerle.
[2] Un religioso, buen tipo, un poco gorrón. Es un antiguo conocido de Baïbars. Ver *Las infancias de Baïbars*.


© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Amigo mío, vengo a pedirte un favor.

- ¡Con mucho gusto, Flor de Truhanes del Cairo! Estoy a tu entera disposición, ¿qué es lo que quieres?

- ¡Dame ese cofre y pásame tu turbantera!

- ¿Y para qué?

- Los necesito pa una semana, eso es tó; andespués te los degüelvo.

El sheyj se quitó su *qawûq*[1] y se lo dio, al igual que el cofre. Otmân cogió todo, volvió al palacio y se presentó en las caballerizas. Sacó una mula medio coja, que se sostenía únicamente en tres de sus patas, y le colocó una silla egipcia sobre el espinazo; cogió un garrote y un bastón y se dispuso a convocar a sus fieros muchachos.

- Eh, colegas, soy yo, el *osta* Otmân. Y dende ya mesmo, aquí aonde me veis, soy el segundo sekertario e las demandas, por la gracia de Dios. ¿Y por qué, panda e desgraciaos, no me decís *Mâ shâ Allah*[2]?

- ¡*Mâ shâ Allah*, Otmân, que las plegarias sean para el Profeta, oh Flor de Truhanes del Cairo!

- ¿Vosotros chapurreáis algo'l turco?

- Pues, por Dios, que de eso no sabemos nada.

- Está bien, vale, yo sus voy a enseñar.

- Es lo que estábamos esperando.

- Cuando yo os diga *tutmúsh*, eso querrá decir "¡agarrar a ese tío!", y cuando os diga *shafa*[3], "tumbarle y darle de palos".

- Por nuestros ojos y nuestra cabeza –respondieron todos al unísono.

Otmân también cogió una estera, una alfombrilla, una colchoneta, un enorme puf y el cofre, que lo confió a uno de sus muchachos; luego se encasquetó el *qawúq* del sheij; pero como Otmân tenía una cabeza muy pequeña, y el *qawúq* era muy grande, se le caía hasta casi taparle los ojos. Después, se metió en el viejo kaftán, abotonando bien el cuello hasta el final, de modo que sólo se le podía ver un poco alrededor de los ojos y la punta de la nariz. A guisa de gran turbante, cogió una vieja sábana y se la enrrolló en torno al *qawúq*. ¡Menuda irrisión de

[1] El qawûq (del turco) es un enorme bonete de piel, alrededor del cual se enrollaba el turbante.
[2] Significa "Hágase la voluntad de Dios".
[3] Estas dos palabras turcas *qawûq* y *shafa* son las que preceden al apaleamiento; son palabras que ningún súbdito árabe del Imperio Otomano puede ignorar… y las únicas que conoce Otmân.


© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

enturbantado! De tal guisa, montó sobre la mula paticoja, gritando al Medio Mundo y al Cabezón que con el bastón obligaran a todos a dejarle el paso libre, a izquierda y derecha. Era tal la bola de ropa en que se había metido, que corría el riesgo de perderlo todo en cuanto se subiera a la mula.

Dijo a sus truhanes que se echaran sus garrotes al hombro y le escoltaran; veinte a la derecha y veinte a la izquierda, y salió del palacio con gran pompa, sin olvidar la esterilla, el cofre, la colchoneta, el puf, el garrote y el bastón. La mula iba arrastrando una pata, y Otmân, encaramado en sus lomos, oscilaba de tal manera, que se podía ver el balanceo de su turbante de alante para atrás, y de atrás a adelante. Los curiosos contemplaban el espectáculo desternillándose de risa. Los truhanes despejaban la calle, y el Hijo de la Larga gritaba:

- ¡En pie, todo el mundo! ¡Saludad al Secretario de las Demandas!

Y así llegaron hasta el zoco. Y todo el mundo se levantaba pues nadie había visto hasta entonces una procesión igual.

- ¿Quién podrá ser, Hâŷ Hasan?

- A mí se me hace, Hâŷ Ma'rûf, que ese debe ser el juez de los basureros.

- Stop, muchachos –gritó Otmân, que le había oído–, ¡traedme aquí a ese ganso!

Entonces, Otmân se levantó el *qawúq* y el otro le reconoció.

- Y tú, ¿qué's lo que decías a tu vecino?

- ¡Piedad, *osta* Otmân!

- Eh, fiolo, ¡tú eres musulmán y no sabes distinguir a un juez de los basureros d'un sekertario las demandas!

- Mis excusas, Otmân, yo creía que tú eras el agha de los basureros.

- Puto cabrón, ¿m'estás tomando por tonto o por retrasao? ¡Venga, muchachos, *tutmush*!

Le sujetaron.

- ¡*Shafa*, mis valientes!

Le tendieron en el suelo y le dieron cincuenta bastonazos. Otmân le cogió cincuenta *paras* en calderilla, y pasó al siguiente zoco. Allí había un perfumista, un auténtico chistoso del Cairo, llamado Hâŷ Abdallah. Al reconocer a Otmân, comenzó a decir a gritos:

- ¡Eh, gente, fijaos bien, tenemos novedades!



© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¿Pero qué pasa Hâŷ Abdallah?

- ¡Eh, Hâŷ Mustafa! –le gritó a su vecino, el de las especias–. ¡Agárrate que vienen curvas, ahí tenemos al nuevo gobernador!

Al oir esto, Otmân se paró en seco.

- ¡Traédme a ese tipo d'ahí abajo, al padre el almizcle[1]! –dijo a los truhanes.

Fueron a buscarle, y lo trajeron más muerto que vivo, y temblando de miedo.

- Te lo suplico, Flor de Truhanes del Cairo –gemía el perfumista.

- Dime, tío, ¿qué's eso que decías hace un rato de "agárrate que vienen curvas"

- Otmân, yo solamente quería decir que se "agarrara bien su barriga"

- ¡Mientes, cerdo! pero ¿tú te crees que el Otmân no sabe lo qu'eso quié decir? ¡eh, cacho bocazas! To eso sinifica "que t'agarres, pa'l garrote". ¡Eso es lo que quié decir! ¿De modo qu'así me tratas tú, de morralla; a mí, la Flor de los Truhanes del Cairo? ¡Ale, *tutmúsh*! –Y le maniataron.

- ¡*Shafa*, "hijo e La Larga"!

Le tendieron y le propinaron cincuenta garrotazos. Otmân se quedó con cincuenta *paras*[2], un *ratl* de azúcar, y siguió su camino.

El tercer zoco estaba lleno de gente que parecía ociosa; al parecer los negocios no iban muy bien por allí, y los comerciantes mataban el tiempo charlando. De pronto vieron a Otmân presentarse a la entrada del zoco, con su mula, trotando cojitranca para un lado; su *qawuq*, columpiándose hacia el otro, y a los truhanes intentando sujetar el todo por ambos costados.

- ¡Levántate y vete a saludar! –dijo un comerciante a su vecino–. ¡Que ahí viene a visitarte el jefe de policía!

- ¡Eh, Hâŷ Mustafa! –respondió el otro–. ¡No me levantaría ni por el mismísimo Sâleh! Me importan un bledo.

Otmân que había oído todo, mandó a buscarles.

---

[1] En árabe se acostumbra a nombrar al artesano de un oficio o comerciante de algo, como "el padre del oficio o similar". En ese caso al perfumista le llaman "El padre del almizcle" por ser éste el producto más utilizado en los perfumes.
[2] Moneda turca, fraccionaria.



© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- A ver, dime, tío mierda –le espetó al primero-, ¿me tomas por un espantapájaros pa decirle a tu vecino "ahí viene a visitarte el jefe policía"? ¡Vaya, bien paice que quiés regalarle tu mollera a Flor de Truhanes del Cairo! ¡Al suelo con él, muchachos!

Recibió los garrotazos y pagó la multa; luego le llegó el turno al segundo:

- Dime, amigo, cuando tu vecino te dice: "Ahí viene a verte el Gobernador", sabiendo amás que soy yo, Otmân, ¿por qué no te levantas, en ves de quearte ahí sentao, encima tu culo? ¡Muchachos, agarradle!

Le dieron una buena paliza y Otmân le cogió su dinero. Continuó su paseo de zoco en zoco, hasta atravesar todo El Cairo. Por fin acabó su recorrido en el barrio de El-Maghâra y de La Gran Tumba[1]. Al pasar por su callejón, su madre, La Gorda, oyó el alboroto que se traían los muchachos, y subió a la terraza para mejor apreciar el espectáculo. Otmân, al descubrirla, se quitó el turbante y se lo mostró sujetándolo en todo lo alto del brazo, dejando al descubierto su cabecita. Al verle vestido de aquella forma tan ridícula, su madre la Gorda, se echó a reir.

- Eh, mama, ¿de qué te ríes? Soy yo, Otmân, tu hijo. ¿Es que no me reconoces?

- ¡Pues claro que te he reconocido, mi pequeñín, pero me ha entrado la risa cuando he visto aparecer tu cabecita al quitarte ese pedazo de turbante!

- Eh, mama, ¿no t'has enterao? ¡Grítame unas albórbolas d'alegría!

- ¿Y por qué?

- Pos porq'aquí aonde me ves, m'he convertío en Sekertario las demandas. ¡Anda, échame unas albórbolas d'alegría!

La Gorda, que era una buena mujer, aunque un poco simple, se puso a lanzar gritos de alegría, y recitó estos versos:

*¡Adios a las penas, adiós a los dolores*
*hete aquí hoy donde pusiste tus deseos.*
*Mira la rabia de los que te envidian*
*¡que Dios confunda sus esperanzas!*

Luego, remató el poema con estos dos versos de su propia cosecha:

*¡Ay, qué alegría para tu pobre mama*
*ver a su hijo glorioso y triunfante!*

- Tá bien, mama, ¡ya'stás enterá! ¡Te llevo en mi corazón!

[1] Es el barrio donde nació Otmân. Ver *Flor de Truhanes*.



© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Terminado su paseo, Otmân marchó por fin a La Ciudadela y, llegado a la puerta de la sala del Consejo Superior[1], dijo a sus hombres:

- Está bien, muchachos, quedaos aquí y a colocar to el montaje.

Extendieron primero la estera, sobre ella la colchoneta, y encima el gran puf. Otmân se sentó, colocó el cofre delante de él; apoyó su bastón contra el muro, y al alcance de su mano derecha, y puso el garrote y la porra por encima de su cabeza.

- ¡En formación, mis valientes!

Entonces Otmân hizo que se colocaran en dos filas: una a su derecha y otra a su izquierda, y él se sentó, siempre acicalado con aquel atuendo estrafalario. Con su bonete y su turbante, que de hecho era una sábana vieja, sujeta a la cabeza con una cuerda de tender la ropa… ¡Curioso espectáculo!

De repente llegó un joven, de unos quince años, con una demanda que quería entregar al Consejo.

- ¿Aónde vas, chavalete?

- Señor, vengo a traer una demanda.

- Amos a ver, chiquillo, ¿tú estás ciego o qué?

- ¿Por qué, señor?

- ¿Es que no t'has dao cuenta que tiés delante ti al Sekertario las demandas?

- ¿Pero quién es, señor?

- Soy yo, piazo cretino, ¿es que no t'has enterao?

- Mil excusas, no lo sabía.

- A ver, suelta la demanda esa.

Otmân la cogió, la abrió e hizo como que la leía durante un buen rato, murmurando:

- Pos sí… mu bien… perfesto… ¡mmm! ¡mmm!... Corresto… mu bonito, ya veo… ¡ho ho! No'stá na mal… d'acuerdo.

[1] El Consejo Superior, o Alto Consejo, en la saga de Baïbars, es el que preside el rey y los visires; en cambio, el Consejo de Afuera o Bajo Consejo, es el formado por los dignatarios de menor rango.



© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Luego volvió a plegar la demanda y la puso en el cofre.

- ¿Pero qué's lo que cuentas en tu demanda, piazo mocoso?

- Señor, ¡pero si lo acabas de leer!

- Ya lo sé, ya he rejuntao las letras, ¿no lo has visto?

- Entonces, si sabes de qué va el asunto, ¿por qué me lo preguntas?

- Eh, mariconcete, te digo que quiero oírlo de tu boca, ¿es que eso no te gusta?

- Mi padre murió siendo yo muy pequeño. Mi madre se volvió a casar, y su segundo marido ha metido la mano en mi herencia. Y ahora, que ya me he hecho mayor, me han dicho que yo tenía derecho a mis bienes, pero que debía reclamarlos. Entonces he preguntado a mi madre y a mi padrastro, y me han respondido que todo había sido consagrado a mi educación y que no me quedaba ni un céntimo. Después me han echado a la calle, pretendiendo que nada me debían. De modo que he escrito esta demanda que deseo presentar a Su Majestad, nuestro señor, para que me ayude a recuperar los bienes que me han usurpado.

- Vale, buen mozo, dime: ¿Cuando murió tu padre, era de día o de noche?

- Señor, no tengo ni idea.

- A ver, dale un poco a la mollera.

- Yo pienso –repuso el muchacho–, tras haber reflexionado un momento-, que era de noche cuando murió.

- ¡Ah, cabroncete! ¿Tu padre muere por la noche y tú vienes a quejarte en pleno día? ¿No te da vergüenza, so caradura?

- Pero señor, entonces ¿qué debo hacer?

- De momento, largo d'aquí, y cuando se haga de noche vienes pa poner la denuncia.

El muchacho se quedó con la boca abierta.

- Pero, señor –acabó por decir–, ¿quién va a venir a interponer una denuncia en plena noche? ¿Es que las autoridades están aquí a esa hora?

- ¡Está plantándome cara este cacho ojete! ¡*Tutmúsh*, muchachos –y le sujetaron–. Shafa!

Así que le baldaron a golpes; luego, Otmân le echó de allí y guardó la demanda delante de él.



© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Poco después, llegó un kurdo, tratante de corderos; había vendido sus bestias a unos carniceros que le habían pagado sólo una parte, y aún le debían alrededor de mil piastras. Cuando se dispuso a partir, les reclamó el resto de lo que le debían, pero ellos se habían compinchado para hacerle perder el tiempo, con el propósito de aburrirle y que desistiera de reclamar el dinero que le adeudaban. Como el tratante tenía prisa por ponerse en camino, había redactado una denuncia, y contaba con hacerla llegar al rey para así obtener el pago de lo que le debían. Pero cuando llegó a la puerta del Consejo, Otmân le detuvo:

- ¡Eh, hombre! Acércate un poco.

El kurdo se volvió hacia él.

- ¡Eh! ¿Aónde te crees que vas tú, Dukurdos?

- *Bâba*, padrecito, yo entrar ahí dentro.

- ¿Ah, sí? ¿Y p'hacer el qué?

- Mí deposita[1] esta papela por asunto. Es denuncia para mí recuperar plata.

- Oye tú; ¿es que eres ciego o qué? ¡Anda y que te lleve la peste! ¡Pero si no t'entendío ná! ¡Trae p'acá tu papela, so cornúo!

Cogió la demanda, la abrió, miró lo que allí había escrito, y la dio vueltas entre las manos mientras decía:

- ¡Estooo, bien, bien… bravo! Ah, el dinero… vale, vale… ná que decir, to'stá en orden.

Y luego preguntó:

- Bueno, entonces, sheij Dukurdos, xastamente de qué te quejas, cuéntame un poco.

- ¡Eh *bâba*[2], pero si está escrito en la papela!

- Pos claro que lo sé, ¿no t'has dao cuenta de q'acabo e rejuntar las letras? ¡De tos modos, cuéntame, que así lo tendré más claro, colega!

- *Bâba*, mí viengo de Rosetta con gran rebaño corderos y cabras. Entrio en La Cairo, vendo a compaña carniceros. Ellos pagan plata poquito a poquito, sien bolsas. Todavía mi faltan mil piastras; quinientas cada uno, y mí quiero volver a Rosetta. Les pido mis piastras y ellos desimos: "Espera, ahora plata no hay". Mí, esperar no puedo; así que viengo aquí a rieclamar mi derecho, y mañana poder marchar.

---

[1] El kurdo, en cuestión, tiene una forma de hablar bastante peculiar; muy diferente de la de los turcos; es una especie de seudoyidish por la que nos podemos hacer una idea aproximada.
[2] Es una forma cariñosa de dirigirse a otro hombre. Significa "papá" o "padrecito".


© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Está bien. ¿Eso es todo, compadre?

- Sí, *bâba*.

- Estooo… sí; pos verás, eso no pué salir bien así. Yo voy a indicarte lo que tiés qu'hacer.

- Dime, señor, mí quiero saber.

- Junta a tos los carniceros a los que has vendío el ganao y devuélveles su dinero a ca uno. Luego, pones una denuncia contra tos, en bloque, y ansí se t'arreglará.

- ¡*Way, ŷâneum*! ¡Qué consejo es ese! ¡Pero si me dieben mil piastras que no riecupero, cómo voy riecuperar sincuenta mil! ¡*Ŷâneum*! ¡Ellos comen a mí y ensima beben vaso de agua! ¡Y mí ni riecupera las mil piastras!

- ¡Cómo! ¿M'estás discutiendo? ¡eh, cornúo! ¡Muchachos, agarrarle!

Los truhanes sujetaron al kurdo.

- ¡Piedad, *ŷâneum*! –gritaba el desgraciado-. ¿Qué es lo que mí he fiecho? ¿Por qué dar a mí bastonazos?

- Tenderle en el suelo –dijo Otmân, y él mismo le administró cien bastonazos; luego le levantaron.

- ¡Acoquina cien *paras*! –le ordenó Otmân.

- *Ŷâneum*, mí ¿adiemás resibir bastonasos, también pagar platita?

- ¡Eh, cabroncete, eso es el impuesto pa el registro! Pero ¿es que tú te crees qu'eso de poner una denuncia se hace por el morro? ¿Cuándo has visto que se pueda entrar al hammam sin pagar?

El kurdo no se atrevió ni a rechistar, temeroso como estaba de recibir otra paliza, y pagó la cantidad solicitada.

Poco después se presentó un viejo, vestido de ostentoso manto; calzando babuchas y tocado con un enorme bonete; un estuche con pergaminos sobresalía de su faltriquera, acompañada de una escribanía sujeta al cinto. Avanzó a trotecillos hacia la puerta del Consejo, apoyado en un bastón.

- ¡Eh, galopín! ¿Aónde vas? –le espetó Otmân.

- ¿Cómo dice, señor? –le respondió.

- Acércate p'acá. ¿Aónde ibas?



© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Señor; vengo a presentar una reclamación al Secretario.

- ¿Y cómo tú, un enturbantao, que sabes to lo que dice nuestro Señor, no pués distinguir cuando tiés al Sekertario las demandas ante tus narices?

- Señor, no me lo tengas en cuenta, no te había reconocido. Quien nunca vio el claro de luna, ¿cómo podría reconocerlo?

- Trae pa'cá tu denuncia.

Otmân cogió el pliego, lo abrió, y estuvo un buen rato mirándolo a la vez que farfullaba:

- "Sí… mu bien… asín se habla… justo tal cual… jo, jo, jo… ¡mu bonito, por el Profeta!... no está na mal…" Bueno, amigo mío –continuó Otmân-; tú eres un enturbantao; un sabelotó de la religión, no pues venir aquí a contar tontunas. Anda, lárgame un poco tu historia, de viva voz, pa que yo m'haga una idea de to el asunto.

- Señor –comenzó el viejo-, yo soy imán de una mezquita…

- Ya sé, ya sé; ve al grano pa que yo lo entienda to mejor.

- … y encargado de su administración…

- Perfesto, perfesto, que Dios te ilumine, amigo. Continúa, te escucho.

- Señor; ese cargo lo ocupo desde hace once años, y siempre he conseguido reunir un buen número de donativos... No para mí, desde luego, sino para la obra…

- Ya veo, ya veo… pa la mezquita…

- Exactamente, señor.

- ¿Y entonces? ¡To eso está mu bien! Así que… ¿de qué te quejas?

- Pues de que la gente del barrio se ha confabulado contra mí; quieren echarme y nombrar a otro administrador. A mí; que llevo allí desde siempre…

- De acuerdo. Pero, dime, amigo, ¿tú rezas con ellos?

- ¡Pues claro que sí, señor!

- Bien, escucha, aquí adentro hay alguna cosa que no'stá mu clara. A ver, dime, la mezquita, ¿es de tu padre?

- ¡Por supuesto que no, señor!

- Entonces a lo mejor es… ¿de tu agüelo…?



© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡Menos aún!

-Bueno, pues entonces ¿de quién es?

- ¡Pues de quién va a ser! la mezquita es la casa de Dios.

- ¡Pero qué me cuentas, peazo imbécil! –estalló Otmân–. ¿Y tú quieres afanar los bienes de Dios, confiscarle Su casa; quieres decirle: "¡Paga!"? ¿Quieres convertirle en tu deudor, maricón de mierda; a Él, que no hace cuentas de to lo que da pa las criaturas?

- Pero, pero… ¿pero que me andas diciendo? –balbució el otro, completamente pasmado.

- Ah, sí, sí; ¡tal y como te digo! ¡El amo la mezquita es Dios, no tú! Naide pué ser el amo la casa e Dios! ¡Vamos, *barka*[1], esfúmate, compadre! Lárgate a arreglar las cuentas con la gente del barrio y les devuelves to lo que les has afanao dende hace once años, y luego, te vas a buscar otra mezquita. ¡Venga, y qu'el güén Dios te mantenga vivo!

- ¡Señor, que Dios te guarde, todo lo que yo quisiera saber es lo que yo haya podido hacer para que quieran retirarme de mi plaza! Lo que acabas de decir no tiene ni piés ni cabeza.

Ese último comentario tuvo como efecto que Otmân se enrabietara.

- ¡Ah, mala bestia! ¿No estás contento? –gritó Otmân arrancándose el turbante-. ¡Y encima t'atreves a discutirme! ¡Agarrarle muchachos; shafa!

Y todos ellos se aplicaron a darle de bastonazos. Como a cada palo, el viejo no hacía más que gritar, Otmân le dijo:

- ¡Ná de gritos o te rebano el pescuezo. Si el soldao te oye se va a pensar que t'estoy martirizando!

Tras diez bastonazos, Otmân les dijo que pararan y que le quitaran las ligaduras de los piés[2].

- Eh, galopín, te voy a hacer un precio especial; sólo me debes diez *paras*.

- *Amân*, Otmân, ¿por qué diez *paras*?

- Las tasas, las tasas…

- ¿Ahora hay que pagar una tasa por recibir una paliza?

- ¿Cómo? ¿Entavía tiés ganas de vacilarme?

---

[1] Es una forma muy común de despedir a alguien con una bendición: *baraka*, o *barka*.
[2] Cada vez que se habla de aplicar el castigo de los bastonazos, se refieren aquí a la costumbre turca de sujetar al reo, tenderle en el suelo, atarle los piés, y darle de garrotazos en la planta de los mismos.



© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Apenas había tenido tiempo Otmân de nuevamente decir: "¡Shafa, muchachos!", cuando el viejo ya le había abonado las diez *paras*. El anciano se fue lamentándose:

- ¡Ay, menuda justicia! Todo anda del revés. Nunca se había visto cosa igual. ¡Qué no se inventarán! ¡Que Dios ayude a nuestro señor el Sultán!

# FIN

## Próximo episodio...

### 5 – ¡Ojo por ojo!



© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6